

ha caído. Sigámosle en su marcha para admirarle con el interés creciente que desarrolla.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
de aquel instante en la sagrada calma,
á la sombra dormido de la palma,
y del césped florido en el regazo
estaba Adán, la varonil cabeza
en el robusto brazo,
y esparcida á la brisa juguetona
la melena gentil; pero la altiva
frente predestinada á la corona,
la noble faz augusta de belleza
enmedio de su sueño, revelaban
severa y melancólica tristeza.
El aura matinal en blando giro
su frente acariciaba, y suavemente
su pecho respiraba,
pero algo como el soplo de un suspiro
por su labio entreabierto resbalaba.
¿Sufría?... En aquel retiro
sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primer, era el momento
primero de su vida, y ya su labio
bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno,
pero él estaba solo. El aislamiento
trasformaba en proscripto al soberano...
Entonces el Criador tendió su mano
y el costado de Adán tocó un instante.

Suave, indecisa, sideral, flotante,
como el leve vapor de las espumas,
cual blanco rayo de la luna, errante
en un girón de tenebrosas brumas,
emanación castísima y serena,
del cáliz virginal de la azucena,
perla viviente de la aurora hermosa,
ampo de luz del venidero día
condensado en la forma voluptuosa
de un nuevo sér que vida recibía,
una blanca figura luminosa
alzóse junto á Adán... Adán dormía.

Eva, la reina del Paraíso, ha surgido ir-
prochable, según el Génesis. Y si bella es la
manera de presentar á la primera mujer en
estado flúidico, llega á más todavía el poeta
en su inspiración al hacerla carne.

La primera mujer! Fúljido cielo
que bañó con su lumbré
la mañana primer de las mañanas.
¿Viste luego en la vasta muchedumbre
de las hijas humanas
alguna más gentil, más hechicera,
más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra
de azules horizontes,

los campos de esmeralda,
y de nieve la cumbre de los montes
y de verde obscurísimo su falda ;
la que en las olas de la mar sombría
alza penachos de brillante espuma,
y corona de arco-iris y de bruma
la catarata rápida y bravía ;
la que tiñe con mágicos colores
las plumas de las aves y las flores ;
la que tan bellos pinta esos celajes
de oro y ópalo y púrpura que forman
del cielo de la tarde los paisajes ;
la que cuelga en el éter cristalino
el globo opaco de la luna fría
y en el zenit espléndido levanta
la corona del sol que lanza el día ;
la que al tender el transparente velo
del ancho firmamento, como rastros
de sus dedos de luz dejó en el cielo
el polvo fulguroso de los astros ;
la mano que en la gran naturaleza
pródiga vierte perennal hechizo,
la del eterno Dios de la belleza,
¡ oh ! primera mujer... esa te hizo !

La dulce palidez de la azucena
que se abre con la aurora
y el casto rayo de la luna llena,
dejaron en su faz encantadora
la pureza y la luz. Los frescos labios
como la rosa purpurina, rojos,
esa mirada en que fulgura el alma

en los rasgados y brillantes ojos,
y por el albo cuello,
voluptuoso crespón de sus hechizos,
la opulenta cascada del cabello
cayendo en olas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
su labio sonreía,
y el mirar de sus ojos encendía
una inefable luz que se mezclaba
del albor al crepúsculo indeciso...
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica de vida
se agitaba dichosa
naturaleza toda palpitante ;
como á la virgen trémula el amante,
la envolvía cariñosa,
Las brisas, y los hojas le cantaban
la canción del susurro melodioso
al compás de las fuentes que rodaban
su raudal cristalino y sonoro ;
en torno cefirillos voladores
su cabello empapaban con aromas ;
suspiraban pasando los rumores
y trinaban mejor los ruiséñores
y lloraban más dulce las palomas ;
en tanto que las rosas extasiadas,
húmedas ya con el celeste riego,
temblando de cariño á su presencia,
su pie bañaban de fragante esencia
y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecía,
y á la plácida sombra del palmero
tranquilo Adán dormía ;
su frente majestuosa acariciaba
el ala de la brisa que pasaba
y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
sobre el inquieto corazón las manos,
húmedos y cargados de ternura
los ya lánguidos ojos soberanos ;
y poco á poco, trémula, agitada,
sintiendo dentro el seno, comprimido
del corazón el férvido latido,
sintiendo que potente, irresistible,
algo inefable que en su sér había,
sobre los labios del gentil dormido
los suyos atraía,
inclinóse sobre él...

Y de improviso
se oyó el ruido de un beso palpitante ;
se estremeció de amor el Paraíso...
¡ Y alzó su frente el sol en ese instante !

El hombre cálido, exuberante de vida, con
todos los refinamientos de la pasión amoro-
sa, revélase en el poeta que canta á Eva.

El ideal supremo de la beldad femenina
está encarnado en esa Venus paradisíaca, la
mujer única de quien somos todos enamora-

dos, dándole un nombre nuevo en cada nue-
va estación de la vida. Esa mujer que nos
pinta Flores, no puede morir jamás porque es
eterna, porque es la misma que despierta al
adolescente, sacude al hombre en su virilidad
y tortura al viejo en sus noches.

¿ Por qué, pues, llamar á Eva madre del gé-
nero humano ?

Antes que *madre*, es esa la *hembra* nacida
pará el deleite. La leyenda del Paraíso no
nos habla del primer hogar sino de la pri-
mera disolución. La madre no parece en
aquella voluptuosa muñeca bastante instrui-
da ya, al abrir los ojos, en el idioma de los
sentidos. Se nos presenta afable, provocati-
va, diabólicamente hermosa en su desnudez.
Y para el hombre, sér tan dispuesto al amor
que muy atrás deja al irracional en la brama,
no existe casta desnudez, mentira !

Puede haber castidad en el arte de Fidias
y Praxiteles, pero no en los ojos que ven
representado con exactitud el mullido cuer-
po que el pudor vela, la femenina carne de
sus delirios.

En una madre apenas si toleramos el pe-

cho ebúrneo fuera del corpiño cuando le reclama la criatura que de hambre llora. La *casta desnudez* es una invención enteramente pagana. ¿Quién ha podido recrearse en la contemplación de una mujer en cueros vivos si no es apartándose del sentimiento puro de la maternidad? No seamos hipócritas. Esa Eva radiante de hermosura,

sintiendo que potente, irresistible
algo inefable que en su sér había
sobre los labios del gentil dormido
los suyos atraía,

no tiene en tal situación nada que nos recuerde á la madre, nada que no sea una profanación de ese nombre que borra para nosotros la más remota sombra de concupiscencia.

Flores ha producido allí una obra maestra de gracia y no me detendré á señalar una por una sus excelencias. Insistiré sí, en el punto de que el poeta ha tomado quizás demasiado al hombre. Vaga en los anteriores versos un airecillo picante, una cierta fragancia de alcoba que vende al pecador amante de

muchas Evas, y que por la asociación ideológica me ha llevado hasta la negación de maternidad substancial en la Venus calenturienta del Paraíso.

¿Calumniaré yo á Flores? Él mismo ha dicho :

Tanto he querido y con pasión tan loca,
que dejé sin sentirlo en mi embeleso,
un poco de mi vida en cada boca,
un pedazo de mi alma en cada beso !

Esta naturaleza ardiente y simpática rindióse antes que á la muerte, ocurrida para él en 1885, á las enfermedades que envenenaron los últimos años de su existencia. Aquellos grandes ojos del poeta que reflejaron el amor y la gloria, velados fueron por una dolencia crónica hasta que expiró en los brazos de una interesante mujer que sigue amándole todavía, pues jamás le recuerda sin verter lágrimas.

En el siguiente capítulo diré algo sobre esa mujer, que fué hermosísima, que inspiró á los más grandes poetas de México, allá, en su tiempo, y á quien el vulgo hace respon-

sable del trágico fin de Acuña, por haberle éste dedicado su famoso *Nocturno* antes de matarse.

Flores que goza de más reputación como poeta erótico, ha abordado distintos temas en que deja muy atrás, sin embargo, el verso amatorio. En su *Oda á la Patria*, digna de la hazaña que conmemora ante los muros de Puebla, donde fueron derrotadas las mejores tropas de Napoleón III, el 5 de mayo de 1862, dice el poeta:

Allí queda la invicta
amazona mostrando cual trofeo
la palpitante herida del combate,
por la cual, ante el sol, como en el roto
pecho de los guerreros de Tirteo,
se ve el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres
ante cuyo granito la soberbia
de los nunca vencidos se destroza:
allí queda ese campo de pelea
donde hollaron las cruces de Crimea
los cascos del corcel de *Zaragoza!*

Toda esa composición es tonante y magnífica. Ella prueba, lo mismo que muchas

otras iguales en valentía, que Flores al tocar la dulzaina para agradar á las mujeres, capaz era también con la trompa épica de hacerse escuchar de los hombres con entusiasmo.

El cantor de *Eva* ha dejado buenos discípulos. Menos original que Prieto, Altamirano y Riva Palacio, está á su altura por el esfuerzo intelectual desplegado en pro de las letras. Murió pobre y casi abandonado de la fortuna; mas, su talento, uno de los mayores que se dieron á la poesía en el Nuevo Mundo, es y seguirá siendo un timbre de legítima gloria para su patria.